

REFLEXIONES DE UN MONJE

NUEVA ALIANZA

217

AGUSTÍN ALTISENT

**REFLEXIONES
DE UN MONJE**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2009
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563
ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1726-0
Depósito legal: S. 1518-2009
Impreso en España / Unión Europea
Imprime: Gráficas Varona S.A.
Polígono El Montalvo, Salamanca 2009

PRÓLOGO

«No conozco obras acabadas; sólo sé de obras abandonadas», aseguraba el conocido escritor francés Paul Valéry. Y, al parecer, el editor de *Le cimetière marin* tuvo que arrancarle de las manos el manuscrito para poderlo publicar. Esos escrúpulos de poeta perfeccionista le caen bien a Valéry, pero también san Bernardo de Claraval revisó y corrigió antes de morir sus sermones y todas las obras de que disponía. Esto significa seguramente que le resulta difícil a un autor considerar acabada una obra.

Aparte, está lo mucho que, ya de entrada, cuesta escribir: dicen que no tendríamos las novelas de Balzac si don Honorato no hubiera tenido que pagar a su patrona. Escribir es realmente una tortura y dar por acabada una obra, un salto en el vacío. Por eso son importantes los vencimientos para entregar un texto.

Concebir una obra, tener una idea, darse cuenta de una conexión reveladora, resulta maravilloso. Sin embargo, de ahí hasta llegar a la obra escrita y acabada, media un largo y penoso camino. El momento contemplativo es bello; el activo, fatal. Y se comprende: en ese primer momento, uno se encuentra ante algo que, por no estar perfilado, es una apertura al infinito. Al concretarse por escrito presenta, en cambio, las deficiencias de todo lo limitado. Al parecer, engendrar y concebir es, en casi todo, maravilloso (como si fuera la trampa puesta por Dios para que hiciéramos algo), pero gestar lleva largo tiempo y dar a luz es difícil.

Además, en lo literario, una vez acabada la obra, hay que decir aquello de los Tharaud: «Uno no escribe los libros que quiere». ¡Qué más quisiera yo que este libro fuera perfecto, de fondo y de forma, y que cada uno de los artículos que aquí se reúnen llegara al mismo nivel que los cuatro o cinco que me parecen mejores, y que todos tuvieran una perfecta coherencia!

José Pla, en su divertida biografía de Manolo Hugué, pone en boca de este escultor: «Cuando comienzo una escultura, siempre me propongo hacer una Venus. Ordinariamente me sale una rana». Por lo visto, todos trabajamos como quien tira al blanco, a ver si acertamos. Lo que ocurre es que, si uno se llama Valéry, Balzac o Hugué, cuando acierta puede alumbrar obras como *La jeune parque*, *La maison du chat qui pelotte* o alguna de aquellas pequeñas esculturas de Manolo. Pero si uno lleva un nombre más modesto... Por fortuna, siempre cabe la posibilidad de consolarse con aquello que decía Hans von Billow: «Un gran jefe es aquel que firma cartas con las cuales no está completamente de acuerdo».

Por lo que a mí respecta, en cada una de las páginas que siguen he intentado hacer una Venus; pero las Venus son muy buscadas, así que he optado por seguir el consejo de Von Billow, sobre todo teniendo en cuenta que nadie esperará de mí la intemerata.

He repasado estos textos y, en uno u otro punto, los he retocado casi todos. No siempre he logrado dominar la expresión y decir lo que quería; pocas veces –aunque sí algunas, creo– he conseguido expresar exacta y atinadamente lo que pensaba, y decirlo de forma a la vez fácil, agradable y sugerente.

Inmediatamente después de la presentación del monasterio de Poblet donde vivo, viene una entrevista que, según los editores, puede servir al lector para enmarcar un poco mi persona y algunas de mis tendencias.

Si me preguntaran cuál es la sensibilidad general que expresan o qué hay detrás de ellos, contestaría que se trata de reflexiones sobre diversos puntos de las relaciones de la vida, los sentimientos y los seres –todo eso tan bello– entre sí y con Dios. En general, responden a mi convicción de que ser católico –es decir, cristiano universal– consiste, en cierto sentido, en no pasar de nada: ni de lo hecho por Dios a través de Jesucristo, ni de lo hecho por Dios a través de la naturaleza, ni de lo hecho por Dios a través del hombre. Principalmente, pienso que resulta estúpido imaginar que no quede más remedio que escoger entre el universo y Dios, y que Dios sólo entienda de religión. Lo que hay que hacer con lo creado es tratar, gozar y amar a los seres de acuerdo con su distinta densidad y dedicarles las diversas dosis de amor que cada uno merece, arrimado como está cada uno de ellos a Dios y viviendo de su savia.

Lo cual no significa que yo piense que todo se puede usar sin mesura, y ni siquiera que todo es conveniente usarlo sin atender a la situación de uno y a la oportunidad de los tiempos. Pero que Dios ha hecho un mundo sin trampa, me parece elemental. Lo que conviene es que nosotros no caigamos en alguna trampa que Otro o nosotros mismos nos hayamos tendido y usemos mal lo que es bueno.

Es posible que esta ideología sea apasionada, que esté condicionada por el empaste de cultura, estética y fe en el cual me muevo tan a gusto ordinariamente. Pero Goethe escribió que «el artista, haga lo que haga, sólo conseguirá dar a luz su propia personalidad». Uno quisiera pintar a Dios o escribir sobre él, pero...

Lo que mejor resumiría mi pensamiento en uno de sus aspectos principales sería quizá la interpretación que doy a una expresión de san Juan María Vianney. Cuentan que alguien le preguntó si era verdad que él vivía siempre inmerso en los misterios divinos, y contestó: «¡Ah!, pero ¿existe otra cosa que los misterios divinos?». Una interpretación superficial de esta respuesta podría ser que el cura de Ars vivía fuera del mundo, inmerso en la Santísima Trinidad. Mi interpretación personal es que todo es un misterio divino, desde una palabra de Jesucristo hasta la sonrisa de un niño, una brizna de hierba, las galaxias y *La flauta mágica*. Aunque hay que añadir: estas cosas no están todas al mismo nivel; como observaba Pascal, de lo natural a lo sobrenatural va no solamente un cambio de grado, sino también de orden.

Creo que fue José Cadalso quien dijo (o hizo decir a alguno de sus eruditos a la violeta) que incrustaba, aquí y allí en sus obras, sentencias de grandes autores, sin citarlos. Así, explicaba, cuando alguno me critique no hará sino criticarlos a ellos. En los artículos que vienen a continuación no hay, que yo recuerde, frases así camufladas. En cambio, sí se dará cuenta el lector de que hay, en determinados temas, una notable influencia de Chesterton, leído en mi juventud y en ciertos aspectos sólo comprendido después. También hay, afortunadamente, influencia de santa Teresa del Niño Jesús, cuyas obras leí durante mi noviciado. Igualmente, salvadas las distancias, me siento afin a mi patrono san Agustín.

Aparte de todo esto, estos artículos están salpicados por cierto número de citas explícitas con la referencia a sus autores. Finalmente, el lector encontrará reminiscencias que, consciente o inconscientemen-

te, me vinieron a la pluma y desarrollé con más o menos fortuna. Recuerdo que en uno de los artículos escribí, instintivamente transformada, una de las frases del *The Hound of Heaven*, de Francis Thompson; en otro, transpuse y desarrollé conscientemente una observación bastante chusca, leída en un librito poco conocido de Claudel. Habrá igualmente otras que no recuerdo o ignoro. También tomé prestadas de algunos amigos frases que pronunciaron en conversaciones, a veces hace muchos años, y que se me han quedado grabadas; si no menciono a sus autores, es porque no me lo han permitido.

El lector hallará en estas reflexiones algunos temas que retornan, incluso frases repetidas en distintos artículos; yo mismo me he quedado sorprendido, al repasar estas páginas, de los años que hacía que había escrito determinada frase que creía de acuñación reciente. Me ha parecido bien dejar intactas estas reiteraciones e incluso algunas de esas repeticiones porque, sea por el contexto, sea por otros motivos, aportaban variantes que no era injustificado conservar. Todos los profesores tienen sus temas predilectos a los cuales a veces acuden desde otros aparentemente distantes. Se trata de temas que vigorizan el conjunto de su pensamiento y con los cuales toman contacto, como Anteo con la tierra, para recobrar fuerzas.

Hasta aquí, para que el lector se sitúe. Pero lo importante es que Dios, a través de este libro, susurre algo en su alma haciendo en ella el bien que sólo él puede hacer. Que él corrija lo imperfecto, aumente lo verdadero y redondee lo que no supe decir finamente. Si algo hay de bueno aquí, que el Espíritu lo adapte al espíritu del lector, porque cada alma tiene un destino particular que no sólo no debe traicionar, sino que debe defender, incluso contra su propia buena fe ingenua. Lo que hubiere comenzado Dios en estas páginas cuando yo las escribía, él mismo debe acabarlo en el interior del lector dándole sentido, sabor y medida apropiados.

Y pido a los que me lean que se acuerden de tener una oración para quien puso la flauta para ver si Dios soplabla por ella.

* * *

Cuando un joven se siente atraído por una vida dedicada a la amistad con Dios y entra en un monasterio para profesar en él, al pasar la puerta abandona sus actividades y aficiones anteriores y las deja completamente de lado. Nadie entra en un monasterio para –co-

mo creen algunos— dedicarse a la pintura, a escribir poemas o a contemplar las bóvedas góticas. El que abraza la vida monástica está convencido de que es necesario su gesto de renuncia y lo hace sincera y eficazmente: en adelante sólo va a dedicarse a la vida en Dios y esto excluye todo lo demás. Eso es, por lo menos, lo que el autor de este libro pensó al entrar, en 1946, en el monasterio de Santa María de Poblet.

Pero para quien esto escribe las cosas no resultaron ser así, porque quien lo mueve todo es Dios y, sin que el que emprende la vida monacal se dé cuenta, los rasgos psíquicos básicos de su personalidad —su manera de ser y de sentir, sus inclinaciones profundas y sus intereses culturales— uno los lleva consigo sin él mismo saberlo, como los hermanos de José al salir de Egipto para regresar a la casa de su padre Jacob se llevaron consigo sin saberlo, dentro de los sacos y fardos de víveres, dinero y objetos de valor.

¿Por qué ocurre esto? No tengo ni idea. ¿Tal vez porque, como dicen los alemanes, «Dios es un hombre razonable» y sabe de qué manera una vocación ha de crecer y desarrollarse de una forma sana? Me lo pregunto.

«Dejarlo todo» y comenzar una nueva vida desde cero, partiendo de un giro de 90 grados era lo que yo quería, necesitaba, debía hacer e hice cuando abracé la vida monástica. Y sin duda, todo era por inspiración de Dios, aunque provisional.

Entré en el monasterio a los veintitrés años y mis inclinaciones principales, aparte de una fe que siempre había mantenido, se situaban en la banda estética, especialmente en letras: literatura sobre todo, pero también música, cine y artes plásticas, aficiones que antes de entrar compartía con amigos cultos y de conversación ingeniosa.

Todo eso —a lo cual, por otra parte, en mi vida secular sólo me dedicaba como diletante— era lo mío. Y yo lo abandonaba todo; pero Dios me lo había puesto secretamente en la maleta para que lo sacara a su debido tiempo, más o menos transformado.

Decidí dejar esas cosas, junto con todo lo demás (familia queridísima, magníficos amigos), convencido de que de eso se trataba precisamente y de que, por consiguiente, debía hacerlo y no debía dedicar más atención en adelante a esas realidades que tanto me agradaban. Añadiré que, si renunciaba a todo ello, lo hacía con el estímulo del consuelo espiritual.

Sin embargo, Dios era más listo que yo. Así, poco a poco me fue llevando adelante en algunos de mis intereses intelectuales, a la vez que iba enderezando mi ruta con vistas a que no hubiera, en lugar de 90 grados, un viraje de 180, que es algo que no se puede hacer impunemente en la vida, quizá ni siquiera cuando, como yo entonces, uno tiene veintitrés años.

Durante el postulanteo y el noviciado no toqué en absoluto las lecturas literarias, la audición de música ni, mucho menos, el cine, claro está. Tampoco cultivé el contacto enriquecedor con mis amigos, que los tenía excelentes.

Con todo, poco tiempo después de concluir el noviciado, pensé que el abandono radical de todo ello podía atrofiar en mí algún órgano y que esa atrofia podría dañar todo mi organismo. Entonces me puse al día, en la medida en que pude, en literatura: releí los principales clásicos griegos, Shakespeare, los poetas españoles del 27, leí a Saint-Exupéry, Faulkner, Steinbeck, Graham Greene y amplié mi conocimiento de Mauriac y otros.

Mucho más tarde, «pude» (aunque nadie me lo había prohibido antes) volver a escuchar música algún rato. Y en este punto hice también una experiencia importante. Desde adolescente, me interesó, como música seria, especialmente la del 1900 para acá: Debussy, Ravel, Satie, Stravinsky..., y el jazz y el blues como música llamémosla ligera. Al decir jazz pienso en Gerswin, Bill Evans y otros de esa misma cuerda. Dejo de lado Schumann y Puccini, por ejemplo, músicos serios que se supone que siempre me habían gustado.

Pues bien, cuando, más o menos a los veinte años de estar en el monasterio en ayunas de música completamente —«¡había que renunciar a todo!»— volví un poco a ella, pude, con los debidos permisos, fácilmente escucharla en cinta y luego en CD. Entonces volvieron los Debussy, Ravel, Stravinsky y Satie citados o evocados antes. Por lo que respecta al jazz, especialmente cuando le pone a uno incluso nostálgico, tuve primero un grave escrúpulo: esa música tierna no se podía escuchar sin que hubiera —por decirlo en frase peliculera— una mujer en mi vida. Luego resultó, claro, que no era así, e incluso el jazz pude recobrar.

A todo esto había hecho los estudios eclesiásticos de filosofía y teología y finalmente cursé la carrera de filosofía y letras en la especialidad de historia. Todo eso iluminó mi camino religioso, en el que

me acompañaban, como los astros dispersos de mi constelación, los elementos que antes he nombrado.

¿Por qué cuento todo esto? Para que el lector comprenda mejor por qué aludo o utilizo en este libro ciertos temas de cultura como referencia. Para continuar con la idea de que es Dios quien ha ido plantando algunos frutales en mi vida, diré que donde mejor vivo, donde soy más yo mismo, es en esa mezcla de plegaria, cultura y estética que reflejan algunos de los artículos que presento aquí. Soy un monje —pienso— ni mejor ni peor que los demás; si en algo soy atípico, se debe a estos variados cultivos y a su sedimentación en mí. Aunque últimamente creo que no hay nadie atípico porque lo somos cada uno, como si, cada vez, después de crearnos, Dios hubiera roto el molde.

Me ha ocurrido en la vida que, como si Dios tuviera más razón que yo —que es lo más probable—, él me ha enmendado la plana y ha tenido interés, para mi equilibrio y mi perseverancia, en que recobrar mis intereses juveniles y seculares, y pudiera respirar y moverme dentro de la nueva atmósfera que todo ello formaba, una vez añadidos y reunidos en ella estudios y lecturas de temas espirituales y teológicos, y bañada mi alma diariamente en la plegaria monástica y la celebración de la eucaristía.

Ahora, recobrado todo aquello, he llegado a ser, por don de Dios, yo mismo, el yo de antes —aumentado y corregido—, siendo monje y amando mucho esta vida que —no hace falta decirlo— nunca merecí.

Así, el lector hará bien en no imaginar que se las tiene que haber con un monje «piadoso» que, «para pescar almas», se ha dado un barchin de literatura, música, estética y cine. Este libro que pongo en sus manos podrá parecerle interesante o no. Pero de lo que no ha de dudar —y quizá no hacía falta que le avisara, pues se dará cuenta de ello— es de que no hay aquí artificio alguno ni deseo de pescar para la religión por medio de anzuelos de cultura aparente. No. Los temas son así porque en ellos vivo inmerso, pues soy incapaz de vivir una vida religiosa sin la amalgama de todos esos ingredientes.

* * *

La mayoría de los textos de este volumen han sido pensados, madurados o escritos cuando el día mengua ya en la intensidad y —abandonada la violencia diurna— la relajación de la luz devuelve la suavidad a los perfiles de las cosas y la claridad a la mente.

Entonces, cuando todo se relaja y vuelven a aparecer los matices, la naturaleza se deja contemplar sin rebeldía, lejos de la meridiana luz que deslumbra la vista, exacerba los colores y aplasta las formas. La caída de la tarde se revela como aquella hora en la que todas las cosas se reconcilian. Es justamente en ese instante cuando, abandonada la lucha diurna que el pleno sol establece en el paisaje, la vista puede recrearse en los tonos amables de los seres y el pensamiento atender a sus contornos delicados.

Y de vez en cuando puede ser que, en una flor o en un árbol, o tal vez en un simple recuerdo, se entreabra la puerta y se escuche el murmullo de secretos recónditos.

NOTA DEL EDITOR: El presente libro recoge artículos que Agustín Altisent escribió para distintos periódicos y revistas entre los años 1963 y 1996. Ediciones Sígueme publicó esta recopilación por primera vez en dos volúmenes, en 1990 y 1996 respectivamente.

EL MONASTERIO

El lector que no conozca el monasterio de Poblet agradecerá tal vez una breve evocación del mismo, para situar un poco en su marco las reflexiones que hallará a continuación. Además, presentar Poblet al que no lo haya visitado me parece importante, porque esta casa que es la mía representa, para los monjes que la habitamos, mucho más que nuestro monasterio: por su condición de monumento y por su calidad como tal, es una llamada al rigor y a cierto tono elevado de vida, a los cuales ojalá quienes tenemos el privilegio de habitar aquí sepamos responder. Más aún, esta casa es casi una persona, llena como está de enigmáticos y silenciosos recuerdos de todos los monjes que en el pasado ha cobijado.

Poblet está hecho no solamente de piedra, sino también de memoria y pensamiento. Uno creería a veces que el monasterio, por mudo, está considerando, como si rumiara en su interior, todo aquello que ha vivido y visto en sus más de setecientos años de existencia. Los siglos que llevan en pie estos edificios con sus formas medievales y las vicisitudes por las que la historia les ha hecho pasar han hecho de este espléndido conjunto un ser cargado de experiencia y madurez, no sólo de siglos y de belleza.

Las columnas y ventanales de los diversos claustros, las bóvedas de las distintas dependencias y los espacios que crearon sus constructores medievales, todo lo que forma este conjunto ha vivido juntamente con las comunidades de monjes que aquí han dedicado su vida a la oración, a la purificación del corazón y a la caridad fraterna. Todos estos elementos arquitectónicos han vivido día tras día y siglo tras siglo (con la excepción del periodo que va desde 1835 a 1940) formando parte del mundo imaginativo de las comunidades que se han ido sucediendo. Y esta convivencia entre monjes y monasterio hace que uno

piense que esta casa por tantos conceptos venerable, con las múltiples formas que la constituyen, está impregnada de algo más que de siglos y ha madurado por algo más que por el tiempo.

Sería difícil encontrar un espacio físico y espiritual tan adecuado –noble y austero a la vez– para vivir con decoro la vida cisterciense para la cual fue edificado el monasterio a partir del siglo XII. Al cabo de los años de vivir en él llega un momento en que uno no sabe ya si este monasterio es bello en sí mismo o lo es por aquello de invisible que sugieren la multitud de sus perspectivas. ¿O bien uno se proyecta en él como si se viera a sí mismo en un espejo embellecedor e idealizante, a causa de la larga compañía y la compenetración entre uno mismo y este monasterio-monumento?

¡Qué más da! El caso es que, objetivamente, resulta innegable que estas construcciones están revestidas de una infrecuente nobleza. Vivir aquí impone un plus de responsabilidad.

Comenzadas a construir en el siglo XII y acabadas sus principales dependencias a fines del XIV, la dignidad de esta casa invita también por sí misma a la reflexión. Además de ser un lugar ideal para la vida de una comunidad monástica por la sugerencia de sus claustros y sus bóvedas ¿cómo no tornarse meditativo en este recinto que ha visto siglos de vida cisterciense y alberga los restos de ocho reyes y varias reinas medievales? Nobleza obliga; y nobleza inclina. Inclina a meditar. Tiempo, monjes viviendo en siglos pasados su donación a Dios, materia, espíritu, fe, pensamiento... muchas cosas están aquí expresadas y fundidas en la piedra, que hacen que la casa donde habitamos esté llena de sugerencias contagiosas. Lo cual no significa, claro, que vivir entre estos muros mantenga siempre elevado nuestro espíritu y nos cure de toda tristeza y de toda imperfección. No somos monjes de leyenda; estamos hechos de carne y sangre. Y aunque llevemos con nosotros todo lo bueno que Dios puso en nuestra alma, que el monasterio sea gótico no nos cura de los rastros que dejó el primer pecado y los que personalmente le hemos añadido.

Materialmente, Poblet, como todos los monasterios, está edificado alrededor del claustro, patio central y espacio de luz y color desde el cual se va a las distintas dependencias monásticas. El recinto está cerrado por una muralla almenada, del siglo XIV, con su paseo de ronda en lo alto, paseo desde el cual se ven, en el interior, los edificios y, en el exterior, los campos y el paisaje que nos rodea.

El paseo de ronda es un lugar excelente para pasear lentamente, pensar o pararse a mirar ganando anchura.

El claustro (del siglo XIII casi todo) tiene a su alrededor la iglesia, edificada en la segunda mitad del XII, con una gran unidad, la sala capitular (bello espacio del siglo XIII, cubierto de ojivas), la biblioteca de la misma época, y el refectorio, de bóveda de cañón ligeramente apuntado, del siglo XII. Estos estilos están tratados cada uno de manera peculiar, claro, pero todos con gran pureza, desnudez y dignidad.

En el claustro mayor y en los claustros más pequeños interiores, así como en los patios, algunos cipreses y otros árboles y arbustos ponen su nota vegetal, compensando a la vista el gran peso de la piedra en ciertos parajes, como el gran edificio que forman, en un solo bloque de dos plantas, la biblioteca y el gran dormitorio del siglo XIII mirado desde dentro de la clausura.

Celebrar la liturgia y las horas en la iglesia de Poblet, trabajar o leer en la biblioteca, realizar los trabajos domésticos de limpieza en el claustro o en cualquiera de las dependencias de esta casa es un privilegio que, por descontado, no merecemos. Me lo dijo una vez un joven huésped: «Lo que tenéis aquí no os lo merecéis». Aunque me dio la razón cuando le contesté que todo lo bello y lo grande es por esencia gratuito.

Aquí, en este marco, a través de los años, han sido escritos los capítulos de este libro. Es imposible que no desmerezcan de este monasterio en el cual, hoy, cuando escribo estas líneas, hace cuarenta y cuatro años, fui aceptado.

<i>Prólogo</i>	7
1. El monasterio	17
2. Una conversación	20
3. Meditación con pájaros	36
4. Y va de historia	39
5. Siete días de un monje	43
6. El alma y el paisaje	48
7. Vivir hoy en Poblet	51
8. Las preguntas del silencio	55
9. El asno de Buridán	57
10. Ciudadanos de dos ciudades	60
11. El espía	62
12. Paz y pobreza	65
13. Humor y libertad	67
14. El espejo	69
15. Fascinante, dolorido Brasil	71
16. Distancia y libertad	74
17. Llévense una muda	76
18. Adán y Eva	79
19. Tradición y plagio	81
20. Desconfíen de las tragedias	83
21. Nosotros, los indecisos	86
22. El malhumor	88
23. ¡Que ya me afeito!	91
24. Va a asomar la primavera	93
25. Pacifíquese	95
26. Mi querido esqueleto	97
27. La hora de poner las calles	99
28. Snoopy y la humanidad	102
29. ¿Cuándo llevamos la careta?	104

30. Nosotros, los despistados	107
31. Mis tres madres	109
32. El lumbago	112
33. La nariz	115
34. Los ilustrísimos vinos	117
35. El pecado, como castigo y cruz	120
36. La ciudad y las estrellas	123
37. Orar con los salmos	126
38. Dios no nos deja en paz	131
39. Los monjes no servimos para nada	134
40. Conversación sin palabras	137
41. Cómo aprendo a barrer	139
42. Un aldeano en el zoo	142
43. Abril, el de la incierta gloria	145
44. Todo son elefantes	148
45. De nuestras angustias y sus sombras	151
46. El erizo	153
47. Un florilegio atribuido a Epicteto	156
48. El engaño de los comienzos ínfimos	159
49. Dios y la ciencia	161
50. Conversación con un caracol	164
51. Historia sagrada, mitología y latín	167
52. Juegos con trampa	169
53. Jacob, el que luchó con Dios	171
54. ¡Tengo dos pies!	174
55. La naturaleza terrible y delicada	176
56. ¿Existen la historia y el progreso?	179
57. ¿Perdonar las deudas o perdonar a los deudores?	183
58. Una plegaria hindú	185
59. El poder, arma peligrosa	189
60. Marx y Gandhi, los reinos de este mundo	192
61. La vida monástica ¿vale realmente la pena?	195
62. Woody Allen y el Sueño	201
63. Amar y tomar el sol	205
64. El <i>clown</i>	208
65. Aspirina, vitamina C y el Padrenuestro	211
66. Los monjes, esos inútiles	212
67. Las puertas de la justicia	216

68. Defensa del demonio	219
69. Rubens y la versatilidad de la razón	221
70. La Victoria de Samotracia	223
71. Propositiones falibles	225
72. El nacimiento y la muerte	237
73. Misterio y parábola de los magos	240
74. San Pablo y Occidente	243
75. Santa María de Poblet	246
76. La suerte de vivir	248
77. La soledad habitada	250
78. La Iglesia no es el reino de Dios	252
79. Saber griego	255
80. Malas noticias y esperanza	257
81. Saúl, el paranoico	259
82. Perspectivas del envejecimiento	261
83. Las crisis personales	263
84. Las lágrimas del emperador	265
85. Éxito y libertad	267
86. Ojos nuevos, ojos inocentes	269
87. Nosotros, los simpáticos... ..	271
88. El mar	273
89. Un gato en la ventana	275
90. Jonás, el dormilón	278
91. Una jornada	281
92. Deslumbrar no es iluminar	283
93. Otoño y decadencia	285
94. Función del pecado	288
95. ¿Sabemos gozar?	290
96. Los valores seguros	293
97. Las pequeñeces	295
98. Mi muerte	297
99. Aproximación a la felicidad	299
100. No sabemos recibir	301
101. Los verdaderos motivos	303
102. Los helechos del monasterio	305
103. Pedro: historia y leyenda	307
104. De la cabeza a la mano	309
105. Morir a plazos	311

106. Babette y la salud católica	313
107. La amistad de mis lectores	316
108. Dios en Auschwitz	318
109. La rendición total	320
110. Un día estropeado	322
111. Retorno a lo apacible	324
112. Frío y filosofía	327
113. Prisa e Inquisición	329
114. Los olmos muertos	331
115. Jesús, Dios imposible	333
116. Angústiese usted mañana	335
117. Adiós a abril	337
118. Catolicismo a la carta	340
119. El camino y sus sorpresas	342
120. Poesía y visión	344
121. Aforismos	346
122. Réquiem por unos fresnos	348
123. Demonios, infierno y cielo	350
124. Ascensión y proximidad	353
125. Palabras interiores	355
126. Discusión no acalorada	357
127. Colores, luces, pájaros y niños	359
128. Una vez, primera vez	362
129. Dulce relectura	364
130. Aceptarse	366
131. Espacio y tiempo	368
132. Gulliver y las rarezas ajenas	370
133. El olor perdido	373